

Antología de cuentos de terror, 2

De Bram Stoker a H. P. Lovecraft

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1981
Tercera edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección, traducción y notas: Rafael Llopis
© Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1963
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-772-4
Depósito legal: M. 3.127-2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

BRAM STOKER	
La Casa del Juez	11
MONTAGUE RHODES JAMES	
Había un hombre que vivía junto a un cementerio.....	39
Un episodio en la historia de la catedral	44
El diario de Mr. Poynter	70
ARTHUR MACHEN	
El gran dios Pan.....	89
El pueblo blanco.....	163
ALGERNON BLACKWOOD	
Antiguas brujerías	221
Los sauces.....	289
OLIVER ONIONS	
Dos bagatelas.....	363
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ	
El claro del bosque	381

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT	
Las ratas de las paredes	399
El extraño.....	430
La ciudad sin nombre.....	440
NOEL CLARASÓ	
El jardín del Montarto.....	463

Bram Stoker

BRAM STOKER (1847-1912). Escritor irlandés de novelas de terror. Estudió en el célebre Trinity College de Dublín, fue campeón universitario de atletismo y presidente de la Philosophical Society.

Asociado al actor, célebre entonces, Sir Henry Irving, se dice que su novela *Drácula* se debe a una apuesta realizada con aquél. En efecto, parece que Sir Henry Irving escribió otro *Drácula*, que no ha pasado a la posteridad. No cabe duda de que Bram Stoker debió de ganar la apuesta.

Está muy influido por Le Fanu. Todas sus obras conocidas son novelas y cuentos de terror. Entre ellas destacan *The Lady of the Shroud*, *The Mystery of the Sea*, *The Jewel of the Seven Stars* y *The Lair of the White Worm*.

«The Judge's House» –relato suyo incluido aquí– está directamente inspirado en un cuento de Le Fanu titulado «An Account of Some Strange Disturbances in Aungier Street». Hay, naturalmente, diferencias entre ambos, y éste es tan bueno como lo pueda ser aquél.

La Casa del Juez

Cuando se fue acercando la época de exámenes, Malcolm Malcolmson decidió irse a algún lugar solitario donde pudiera estudiar sin ser interrumpido. Temía las playas, por lo atractivas, y también desconfiaba del completo aislamiento rural, pues desde hacía tiempo conocía sus encantos. Lo que buscaba era un pueblecito sin pretensiones ni nada que le distrajese del estudio; y se decidió a encontrarlo. Aguantó su deseo de pedir consejo a algún amigo, pues pensó que cada uno de ellos le recomendaría un sitio ya conocido donde, sin duda, tendría amigos a su vez. Malcolmson deseaba evitar a las amistades y tenía aún muchos menos deseos de trabar contacto con los amigos de los amigos. Por ello decidió irse él solo a buscar el lugar por sí mismo. Hizo su equipaje, consistente en una maleta con algunas ropas y todos los libros que necesitaba, y sacó billete para el primer nombre desconocido que vio en el itinerario local de ferrocarriles.

Cuando, al cabo de tres horas, se apeó en Benchurch, se sintió satisfecho de lo bien que había conseguido borrar su pista para poder disponer de tiempo y tranquilidad con que proseguir sus estudios. Fue inmediatamente a la única posada del pequeño y soñoliento lugar, y tomó allí una habitación para pasar la noche. Benchurch era un pueblo donde se celebraban mercados, y durante una semana de cada cuatro era invadido por una enorme muchedumbre; pero durante los restantes veintiún

días no tenía más atractivos que los que tendría un desierto. Al día siguiente de su llegada, Malcolmson buscó por los alrededores a fin de encontrar una residencia aún más aislada y apacible incluso que una posada tan tranquila como El Buen Viajero. Solamente encontró un lugar del que prendarse y que satisficiera verdaderamente sus más exageradas ideas acerca de la quietud. En realidad, quietud no era la palabra más adecuada para aquel sitio; desolación era el único término que podía transmitir cierta idea adecuada a su aislamiento. Era una casa vieja y anticuada, de construcción pesada y estilo jacobino, con macizos aleros y ventanas, más pequeñas éstas de lo acostumbrado y situadas más alto de lo que es habitual en tales casas; estaba rodeada por una alta tapia de ladrillos sólidamente construida. Ciertamente, al examinarla, daba más la impresión de un edificio fortificado que de una vivienda ordinaria. Pero todas estas cosas agradaron a Malcolmson. «He aquí –pensó– el mismísimo lugar que buscaba, y sólo con conseguir habitarlo me sentiré feliz.» Su alegría aumentó cuando se dio cuenta de que, sin duda de ningún género, estaba sin alquilar en aquel momento.

En la estafeta de correos averiguó el nombre del agente, el cual quedó muy sorprendido al enterarse de que alguien quisiera habitar parte de la vieja casona. Mr. Carnford, abogado local y agente de fincas, era un amable caballero de edad y confesó francamente el placer que le producía el que alguien deseara alquilar la casa.

–A decir verdad –dijo–, me alegraría muchísimo, por los dueños, naturalmente, que alguien tomase la casa durante años, aunque fuera gratuitamente, si con ello se pudiera acostumbrar al pueblo a verla habitada. Ha estado tanto tiempo vacía, que se ha levantado una especie de prejuicio absurdo a su alrededor, y la mejor manera

de echarlo abajo es ocuparla... aunque sólo sea –añadió, lanzando una astuta mirada a Malcolmson– por un estudioso como usted, que desee quietud durante algún tiempo.

Malcolmson juzgó inútil preguntar al agente detalles acerca del «absurdo prejuicio»; sabía que sobre aquel tema podría conseguir más información, si la necesitaba, en cualquier otro lugar. Pagó, pues, por adelantado la renta de tres meses, obtuvo un recibo y el nombre de una vieja que probablemente se comprometería a «cuidar de él» y se marchó con las llaves en el bolsillo. A continuación fue a hablar con la posadera, que era una mujer de lo más alegre y bondadoso, y le pidió consejo acerca de qué clase y cantidad de víveres y provisiones necesitaría con probabilidad. Ella levantó las manos estupefacta cuando él dijo dónde pensaba alojarse.

–¡En la Casa del Juez, no! –exclamó, palideciendo.

Él respondió que no conocía el nombre de la casa, pero explicó su emplazamiento y detalles. Cuando hubo terminado, contestó la mujer:

–¡Sí, no cabe duda...; no cabe duda, es el mismo sitio! Es la Casa del Juez, no cabe duda.

Entonces él le pidió que le hablase de la casa, por qué se llamaba así y qué tenía en contra de ella. La mujer le contó que la llamaban así en el pueblo porque hacía muchos años –no podía decir cuántos exactamente, dado que ella era de otra parte de la región, pero debían de ser unos cien o más– había sido domicilio de cierto juez que inspiró en su tiempo gran espanto a cuenta del rigor de sus sentencias y de la hostilidad con que siempre se enfrentó con los acusados en su Tribunal. Acerca de lo que había en contra de la casa, no podía decir nada. Con frecuencia ella misma lo había preguntado, pero nadie le supo informar. Sin embargo, el sentimiento general era

de que allí había *algo*, y ella, por su parte, no tomaría todo el dinero del Drinkswater's Bank si con ello se veía comprometida a permanecer una sola hora en la casa. Luego se excusó ante Malcolmson por su torpe conversación.

—Es que esas cosas no me gustan nada, señor, y además usted, un caballero tan joven, que se vaya, perdóneme que se lo diga, a vivir allí tan solo... Si fuera hijo mío, y perdóneme que se lo diga, no pasaría usted allí ni una noche, aunque tuviera que ir yo misma en persona y tirar de la campana grande de alarma que hay en el tejado. —La buena mujer hablaba tan evidentemente de buena fe, y con tan buenas intenciones, que Malcolmson, pese a la gracia que le hizo la perorata, se sintió conmovido. Expresó, pues, amablemente, cuánto apreciaba el interés que se tomaba para con él y luego añadió:

—Pero, mi querida Mrs. Witham, le aseguro que no es necesario que se preocupe de mí. Un hombre que, como yo, estudia Matemáticas superiores tiene demasiadas cosas en qué pensar para que pueda molestarle ninguno de esos misteriosos «algos»; y, por otra parte, su trabajo es demasiado exacto y prosaico para permitir en su mente el menor resquicio a misterios de cualquier tipo. ¡La progresión armónica, las permutaciones, las combinaciones y las funciones elípticas tienen ya suficientes misterios para mí!

Mrs. Witham se encargó amablemente de suministrarle las provisiones pertinentes y él marchó en busca de la vieja que le habían recomendado para «cuidarle». Cuando, al cabo de unas dos horas, regresó en compañía de ésta a la Casa del Juez, se encontró con que le estaba esperando allí Mrs. Witham en persona, en compañía de varios hombres y chiquillos portadores de diversos paquetes e incluso de una cama, que habían transportado en un carrito, pues, como decía ella, aunque las sillas y

las mesas pudiesen estar todas muy bien conservadas y utilizables, no era bueno ni propio de huesos jóvenes descansar en una cama que lo menos hacía cincuenta años que no había sido oreada. La buena mujer sentía evidente curiosidad por ver el interior de la casa, y recorrió todo el lugar, a pesar de manifestarse tan temerosa de los «algos» que, al menor ruido, se agarraba a Malcolmson, del cual no se separó un instante.

Después de haber examinado la casa, Malcolmson decidió fijar su residencia en el gran comedor, que era lo suficientemente espacioso para satisfacer todas sus necesidades; y Mrs. Witham, con la ayuda de Mrs. Dempster, la asistenta, procedió a arreglar las cosas. Cuando entraron y desempaquetaron los bultos, vio Malcolmson que, con mucha y bondadosa previsión, había ella enviado de su propia cocina provisiones suficientes para algunos días. La excelente posadera, antes de irse, expresó toda clase de buenos deseos, y ya en la misma puerta, se volvió aún para decir:

—Quizá, señor, como la habitación es grande y con mucha corriente de aire, pudiera ser que no le viniera mal poner uno de esos biombos grandes alrededor de la cama, por la noche... Pero, la verdad sea dicha, yo me moriría si tuviera que quedarme aquí, encerrada con toda esa clase de... de «cosas» ¡que asomarán sus cabezas por los lados o por encima del biombo y se pondrán a mirarme! —La imagen que acababa de evocar fue excesiva para sus nervios y huyó sin poderse contener.

Mrs. Dempster lanzó un despectivo resoplido con aires de superioridad, cuando la posadera se fue, e hizo constar que ella, por su parte, no se sentía inclinada a atemorizarse ni ante todos los duendes del Reino.

—Le voy a decir a usted lo que pasa, señor —dijo—; los duendes son toda clase de cosas... ¡menos duendes! Ratas,

ratones y escarabajos; y puertas que crujen, y tejas caídas, y pucheros rotos, y tiradores de cajones que aguantan firmes cuando usted tira de ellos y luego se caen solos en medio de la noche. ¡Mire usted el zócalo de la habitación! ¡Es viejo..., tiene cientos de años! ¿Cree que no va a haber ratas y escarabajos ahí detrás? ¡Claro que sí! ¿Y se imagina usted, señor, que se va a pasar sin ver a unas ni a otros? ¡Pues claro que no! Las ratas son los duendes, se lo digo yo, y los duendes son las ratas... ¡y no crea otra cosa!

—Mrs. Dempster —dijo Malcolmson gravemente, haciéndole una pequeña inclinación—. ¡Usted sabe más que un catedrático de Matemáticas! Y permítame decirle que, en señal de mi estimación por su indudable salud mental, le daré, cuando me vaya, posesión de esta casa, y le permitiré residir aquí a usted sola durante los dos últimos meses de mi alquiler, ya que las cuatro primeras semanas serán suficientes para mis propósitos.

—¡Muchas gracias de todo corazón, señor! —repuso ella—. Pero no puedo dormir ni una noche fuera de mi dormitorio. Vivo en la Casa de Caridad de Greenhow, y si pasase una noche fuera de mis habitaciones perdería todos los derechos de seguir viviendo allí. Las reglas son muy estrictas, y hay demasiada gente esperando una vacante para que yo me decida a correr el menor riesgo. Si no fuera por esto, señor, vendría gustosamente a dormir aquí, para atenderle durante su estancia.

—Mi buena señora —dijo Malcolmson apresuradamente—, he venido con el propósito de estar solo, y créame que estoy agradecido al difunto Greenhow por haber organizado su Casa de Caridad, o lo que sea, en forma tan admirable que a la fuerza me vea privado de tener que soportar tan tremenda tentación. ¡San Antonio en persona no habría podido pedir más en cuanto a ésta!

La vieja rió ásperamente.

—¡Ah, ustedes los señoritos jóvenes —dijo— no se asustan de nada! Ya lo creo que encontrará usted aquí toda la soledad que desea.

Se puso a trabajar, a limpiar y, a la caída de la tarde, cuando Malcolmson regresó de dar un paseo —siempre llevaba uno de sus libros para estudiar mientras tanto—, se encontró con la habitación barrida y limpia, un fuego ardiendo en el hogar y la mesa servida para la cena con las excelentes viandas llevadas por Mrs. Witham.

—¡Esto sí que es comodidad! —se dijo, frotándose las manos.

Cuando acabó de cenar y puso la bandeja con los restos de la cena al otro extremo de la gran mesa de roble, volvió a sacar sus libros, arrojó más leña al fuego, desparbiló la lámpara y se sumergió en el hechizo de su duro trabajo real. Prosiguió éste, sin hacer pausa alguna, hasta cosa de las once, hora en que lo suspendió durante unos momentos para avivar el fuego y la lámpara y hacerse una taza de té. Siempre había sido aficionado al té; durante su vida de colegio había solido quedarse estudiando hasta tarde, y siempre tomaba té y más té hasta que dejaba de estudiar. Pero lo demás era un lujo para él, y gozaba de ello con una sensación de delicioso, voluptuoso desahogo. El fuego reavivado saltó, chisporroteó y arrojó extrañas sombras en la vasta y antigua habitación, y, mientras se tomaba a sorbos el té caliente, se despertó en él una sensación de aislamiento de sus semejantes. Es que en aquel momento había empezado a notar por primera vez el ruido que hacían las ratas.

«Seguramente —pensó— no han metido tanto ruido durante todo el tiempo que he estado estudiando. ¡De haber sido así, me hubiera dado cuenta!»

Mientras el ruido iba en aumento se tranquilizó el estudiante diciéndose que aquellos rumores, sin duda,

acababan de empezar. Era evidente que al principio las ratas se habían asustado por la presencia de un extraño y por la luz del fuego y de la lámpara; pero a medida que pasaba el tiempo, se habían ido volviendo más osadas y ya se hallaban entretenidas de nuevo en sus ocupaciones habituales.

¡Y cuidado que eran activas! ¡Y atentas al menor ruido desacostumbrado! ¡Subían y bajaban por detrás del zócalo que revestía la pared, por encima del cielo raso, por debajo del suelo, se movían, corrían, bullían, royendo y arañando! Malcolmson se sonrió al recordar el dicho de Mrs. Dempster, «los duendes son las ratas y las ratas son los duendes». El té empezaba a hacer su efecto de estimulante intelectual y nervioso, y el estudiante vio con alegría que tenía ante sí una nueva inmersión en el largo hechizo del estudio antes de que terminase la noche, lo que le proporcionó tal sensación de comodidad que se permitió el lujo de lanzar una ojeada por la habitación. Tomó la lámpara en una mano y recorrió la estancia, preguntándose por qué una casa tan original y hermosa como aquella habría estado abandonada tanto tiempo. Los paneles de roble que recubrían la pared estaban finamente labrados. El trabajo en madera de puertas y ventanas era bello y de raro mérito. Había algunos cuadros viejos en las paredes, pero estaban tan espesamente cubiertos de polvo y suciedad, que no pudo distinguir ninguno de sus detalles, a pesar de que levantó la lámpara todo lo posible para iluminarlos. Aquí y allá, en su recorrido, topó con alguna grieta o agujerillo bloqueados de momento por una cabeza de rata, de ojos brillantes que relucían a la luz; pero al instante desaparecía la cabeza, con un chillido y un rumor de huida. Lo que más intrigó a Malcolmson, sin embargo, fue la cuerda de la gran campana del tejado, que colgaba en un rin-

cón de la habitación, a la derecha de la chimenea. Arrastró hasta cerca del fuego una gran silla de roble tallado y alto respaldo y se sentó a tomarse su última taza de té. Cuando la terminó, avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentándose en la esquina de la mesa, con el fuego a la izquierda. Durante un buen rato, las ratas le perturbaron el estudio con su perpetuo rebullir, pero acabó por acostumbrarse al ruido, igual que se acostumbra uno al tictac de un reloj o al rumor de un torrente; y así, se sumergió de tal modo en el trabajo, que nada del mundo, excepto el problema que estaba intentando resolver, hubiera sido capaz de hacer mella en él.

Pero, de pronto, y sin haber logrado resolverlo aún, levantó la cabeza: en el aire notó esa sensación inefable que precede al amanecer y que tan temible resulta para los que llevan vidas dudosas. El ruido de las ratas había cesado. Desde luego, tenía la impresión de que había cesado hacía un instante, y que precisamente había sido este súbito silencio lo que le había obligado a levantar la cabeza. El fuego había ido acabándose, pero aún arrojaba un profundo y rojo resplandor. Al mirar en esa dirección, sufrió un sobresalto, a pesar de toda su *sang froid*.

Allí, encima de la silla de roble tallado y altas espaldas, a la derecha de la chimenea, estaba una enorme rata que le miraba fijamente con sus tristes ojillos. Hizo un gesto el estudiante como para espantarla, pero ella no se movió. En vista de lo cual, hizo él como si fuera a arrojarle algo. Tampoco se movió, pero le enseñó, encolerizada, sus grandes dientes blancos; a la luz de la lámpara, sus ojillos crueles brillaban con una luz de venganza.

Malcolmson quedó asombrado, y, tomando el hurgón de la chimenea, corrió hacia la rata para matarla. Antes, sin embargo, de que pudiera golpearla, ésta, con un chillido que pareció concentrar todo su odio, saltó al suelo y,

trepando por la cuerda de la campana, desapareció en la oscuridad, adonde no llegaba el resplandor de la lámpara, tamizado por una verde pantalla. Instantáneamente, y extraño es decirlo, volvió a comenzar de nuevo el ruidoso bullicio de las ratas tras los paneles de roble.

Esta vez, Malcolmson no pudo volver a sumergirse en el problema; pero, como el gallo cantase en el exterior anunciando la llegada del alba, se fue a la cama a descansar.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando llegó Mrs. Dempster para arreglar la habitación. Sólo lo hizo cuando la mujer, después de barrido el cuarto y preparado el desayuno, golpeó directamente en el biombo que ocultaba la cama. Aún estaba un poco cansado de su duro trabajo nocturno, pero pronto le despabiló una cargada taza de té, y tomando un libro salió a dar su paseo matinal, llevándose también algunos bocadillos por si no le apetecía volver hasta la hora de la cena. Encontró un paseo apacible entre los olmos, en los alrededores del pueblo, y allí pasó la mayor parte del día estudiando a Laplace. A su regreso, pasó a saludar a Mrs. Witham y darle las gracias por su amabilidad. Cuando le vio ella llegar —a través de una ventana de su santuario, emplomada con vidrios de colores en forma de rombo—, salió a la calle a recibirle y le rogó que entrase. Una vez dentro, le miró inquisitivamente y movió la cabeza al decir:

—No debe usted trabajar tanto, señor. Está usted esta mañana más pálido que otras veces. Estarse hasta tan tarde y con un trabajo tan duro para el cerebro no es bueno para nadie. Pero dígame, señor, ¿cómo pasó la noche? Espero que bien. ¡No sabe usted cuánto me alegré cuando Mrs. Dempster me dijo esta mañana que le había encontrado tan bien y tan profundamente dormido cuando llegó!

—Oh, sí, perfectamente —repuso él, sonriendo—; todavía no me han molestado los «algos». Sólo las ratas. Son un auténtico batallón, y se sienten como en su propio cuartel. Había una, de aspecto diabólico, que hasta se subió a mi propia silla, junto al fuego; y no se habría marchado de no haberle yo amenazado con el hurgón; entonces, trepó por la cuerda de la campana y desapareció por allá arriba, por encima de las paredes o el techo; no pude verlo bien, estaba muy oscuro.

—¡Dios nos asista —exclamó Mrs. Witham—, un viejo diablo y sobre una silla junto al fuego! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga cuidado! Hay a veces cosas muy verdaderas que se aseguran en broma.

—¿Qué quiere usted decir? Palabra que no comprendo.

—¡Un viejo diablo! El viejo diablo, quizá. ¡Vaya, señor, no se ría! —Pues Malcolmson había estallado en francas carcajadas—. Ustedes la gente joven creen que es muy fácil reírse de cosas que hacen estremecer a los viejos. ¡Pero no importa, señor! ¡No haga caso! Quiera Dios que pueda usted seguir riendo todo el tiempo. ¡Eso es lo que yo le deseo! —Y la buena señora rebotó de nuevo alegre simpatía, olvidando por un momento sus temores.

—¡Oh, perdóneme! —dijo entonces Malcolmson—. No me juzgue descortés; es que la cosa me ha hecho gracia... eso de que el viejo diablo en persona estaba anoche sentado en mi silla... —Y, al recordarlo, volvió a reír. Luego, marchó a su casa a cenar.

Esa noche el rumor de las ratas empezó más temprano; con toda certeza existía ya antes de su regreso, y sólo cesó mientras les duró el susto causado por la imprevista llegada.

Después de cenar, se sentó un momento junto al fuego a fumar, y luego de levantar la mesa empezó a trabajar como otras veces. Pero esa noche las ratas le distraían

más que la anterior. ¡Cómo correteaban de arriba abajo, y por detrás y por encima! ¡Cómo chillaban, roían y arañaban! ¡Y cómo, más atrevidas a cada instante, se asomaban a las bocas de sus agujeros y por todas las grietas, hendiduras y resquebrajaduras del zócalo, brillantes los ojillos como lámparas diminutas cuando se reflejaba en ellos el fulgor del fuego! Mas para el estudiante, sin duda ya acostumbrado a ellos, estos ojos no tenían nada de siniestros; al contrario, sólo les notaba un aire travieso y juguetón. A veces, las más atrevidas hacían salidas al piso o a lo largo de las molduras de la pared. Una y otra vez, cuando le empezaban a molestar demasiado, Malcolmson hacía un ruido para asustarlas, golpeaba la mesa con la mano o emitía un fiero «¡Chst! ¡Chst!», de modo que ellas huyesen inmediatamente a sus agujeros.

Así transcurrió la primera mitad de la noche; luego, a pesar del ruido, Malcolmson se fue sumergiéndose cada vez más en el estudio.

De repente, levantó la vista, como la noche anterior, dominado por una súbita sensación de silencio. En efecto, no se oía ni el más leve ruido de roer, arañar o chillar. Era un silencio de tumba. Recordó entonces el extraño suceso de la noche precedente, e instintivamente miró a la silla que había junto a la chimenea. Entonces le recorrió por el cuerpo una extraña sensación.

Allí, en la gran silla de roble tallado y alto respaldo, al lado de la chimenea, se hallaba la misma enorme rata que le miraba fijamente con unos ojillos fúnebres y malignos.

Instintivamente tomó el objeto más próximo a su mano, unas tablas de logaritmos, y se lo arrojó. El libro fue mal dirigido y la rata ni se movió; de modo que hubo de repetir la escena del hurgón de la noche anterior; y otra vez la rata, al verse estrechamente cercada, huyó trepando por la cuerda de la campana de alarma. Tam-

bién fue muy extraño que la fuga de esta rata fuese inmediatamente seguida por la reanudación del ruido de la comunidad. En esta ocasión, como en la precedente, Malcolmson no pudo ver por qué parte de la habitación desapareció el animal, pues la pantalla verde de su lámpara dejaba en sombras la parte superior del cuarto, y el fuego brillaba mortecino.

Mirando su reloj, observó que era cerca de medianoche, y, no descontento del *divertissement*, avivó el fuego y se preparó su nocturna taza de té. Había trabajado perfectamente sumergido en el hechizo del estudio y se creyó merecedor de un cigarrillo; así, pues, se sentó en la gran silla de roble tallado, junto a la chimenea, y fumó gozoso. Mientras lo hacía, empezó a pensar que le gustaría saber por dónde lograba meterse el bicho, pues empezaba a acariciar la idea de poner en práctica al día siguiente algo relacionado con una ratonera, una trampa para ratas. En vista de ello, encendió otra lámpara y la colocó de tal forma que iluminase bien el rincón derecho que formaban la chimenea y la pared. Luego apiló todos los libros que tenía y los colocó al alcance de la mano para arrojárselos al animal si llegaba el caso. Finalmente, levantó la cuerda de la campana y colocó su extremo inferior encima de la mesa, pisándolo con la lámpara. Al manejar la cuerda, no pudo por menos de notar cuán flexible era, sobre todo teniendo en cuenta su grosor y el tiempo que llevaba sin usar. «Se podría colgar a un hombre de ella», pensó para sí. Cuando hubo terminado sus preparativos, miró a su alrededor y dijo, complacido:

—¡Ahora, amiga mía, creo que vamos a vernos las caras de una vez!

Reanudó su estudio, y aunque al principio le distrajo algo el ruido que hacían las ratas, pronto se abandonó plenamente a sus proposiciones y problemas.

De nuevo, súbitamente, fue reclamado por su alrededor. Esta vez no había sido sólo el súbito silencio lo que le llamó la atención; había, además, un ligero movimiento de la cuerda, y la lámpara se tambaleaba. Sin moverse, miró a ver si la pila de libros estaba al alcance de su mano y luego deslizó su mirada a lo largo de la cuerda. Mientras miraba, vio que la gran rata se dejaba caer desde la cuerda a la silla de roble, se instalaba en ella y le contemplaba. Tomó un libro con la mano derecha y, apuntando cuidadosamente, se lo arrojó a la rata. Ésta, con rápido movimiento, saltó de costado y esquivó el proyectil. Él, entonces, tomó un segundo y luego un tercero, y se los lanzó, uno tras otro, pero sin éxito tampoco en ambas ocasiones. Por fin, y en el momento en que se disponía a arrojarle un nuevo libro, la rata chilló y pareció asustada. Esto aumentó aún más su avidez por dar en el blanco; y el libro voló y alcanzó a la rata con golpe resonante. Lanzó el animal un terrorífico chillido y, echando a su perseguidor una mirada de terrible malignidad, trepó por el respaldo de la silla, desde cuyo borde superior dio un gran salto hacia la cuerda de la campana, por la cual subió con la velocidad del rayo. La lámpara que sujetaba la cuerda se tambaleó bajo el súbito tirón, pero era pesada y no llegó a caer. Malcolmson siguió a la rata con la mirada y la vio, merced a la luz de la segunda lámpara, saltar a una moldura del zócalo y desaparecer, por un agujero, en uno de los grandes cuadros colgados de la pared, invisibles bajo la capa de polvo y suciedad.

—Ya echaré mañana una ojeada a la vivienda de mi amiga —se dijo el estudiante, mientras iba recogiendo los volúmenes tirados por el suelo—. El tercer cuadro a partir de la chimenea. No lo olvidaré. —Cogió los libros uno a uno, haciendo un comentario sobre ellos a medida que

leía sus títulos. *Secciones del Cono*, ni la rozó, ni tampoco *Oscilaciones cicloides*, ni los *Principios*, ni *Cuaternidades*, ni la *Termodinámica*. ¡Éste es el libro que la alcanzó! Malcolmson lo tomó del suelo y miró su título. Al hacerlo, se sobresaltó y una súbita palidez cubrió su cara. Miró a su alrededor, inquieto, y se estremeció levemente mientras murmuraba para sí: ¡La Biblia que me dio mi madre! ¡Qué extraña coincidencia! –Se volvió a sentar y se puso al trabajo; las ratas del zócalo reanudaron sus cabriolas. No le molestaron, sin embargo; de algún modo, su presencia le proporcionaba una cierta sensación de compañía. Pero no pudo concentrarse en el estudio, y, después de esforzarse inútilmente en dominar el tema que tenía entre manos, lo dejó con desesperación y se fue a la cama, mientras el primer resplandor de la aurora penetraba furtivamente por la ventana que daba al oriente.

Durmió pesada pero desagradablemente y soñó mucho; cuando le despertó Mrs. Dempster, ya muy entrada la mañana, su aspecto era de haber descansado mal, y durante unos pocos minutos no pareció darse cuenta exactamente de dónde se encontraba. Su primer encargo sorprendió bastante a la criada.

–Mrs. Dempster, cuando me ausente hoy de casa, quiero que coja usted la escalera y limpie el polvo o lave esos cuadros... especialmente al tercero a partir de la chimenea... Quiero ver qué representan.

Hasta bien entrada la tarde estuvo Malcolmson en la sombría olmeda, estudiando; a medida que transcurría la jornada, al notar que sus asimilaciones mejoraban progresivamente, le fue volviendo el alegre optimismo del día anterior. Había conseguido ya solucionar satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces le habían burlado, y se hallaba en un estado de alegría tal que decidió hacer una visita a Mrs. Witham en El Buen Viajero.